

TAMARA MOLINA

SACIAR
A LA
BESTIA

Las bestias: I

FAERIS

*Para todas las niñas buenas que están hartas de serlo.
Deja de fingir que la oscuridad no forma parte de ti.*

Prólogo

Kostel Matky Boží před Týnem

Iglesia de Nuestra Señora ante Týn

Praga, República Checa

Las criaturas habían pintado el suelo de la basílica con las entrañas de todo el que trató de detenerlas. Vampiros violentos y crueles que no dudaron en quebrar cada hueso y arrancar cada vértebra de sus oponentes para hacerse con la presa.

Aquella brutalidad le hizo preguntarse si realmente compartía especie con el monstruoso ser bañado en carmesí que, frente al altar mayor, reía victorioso tras alcanzar el tan ansiado trofeo. El ladrón detuvo sus carcajadas con un rugido cuando el animal que sostenía entre las manos le mordió, arañando su piel con la misma violencia con la que ellos habían masacrado a decenas de vampiros del clan enemigo.

Él, abatido, se había arrastrado por las escaleras del púlpito, donde permanecía escondido. Sus ojos azules, quebrados como dos grietas en un iceberg, observaban furiosos a los saqueadores. Contuvo el impulso de encoger los dedos en un puño al recordar el dolor que él mismo había sentido al sufrir los mordiscos de la presa, cuando aún la mantenía en su poder hasta hacía apenas unos minutos. Las heridas de sus manos no habían dejado de chillar mientras se enfrentaba a aquellos seres despiadados que terminaron por robarle lo que tanto tiempo llevaba buscando.

Podía volver a levantarse, tratar de detenerlos mientras se alejaban hacia el portón de la catedral con el animal sagrado. Pero sabía

que sería un acto suicida intentarlo y no era tan insensato como sus hermanos vampiros, que ahora se extendían frente a él, transformados en cadáveres que sorteaban aquellas alimañas hasta desaparecer en la noche.

No, él era más astuto que todos ellos y, aunque en aquel momento tan solo podía pensar en el ardor de las heridas y la furia de su orgullo, iba a recuperar lo que le habían arrebatado.

No solo por él o su linaje, sino por las consecuencias que sufriría si no conseguía recuperar y entregar aquella criatura a tiempo.

Capítulo 1

Rina

—**C**entral de Atención a Criaturas Sobrenaturales, Departamento Vampírico, le atiende Rina, ¿en qué puedo ayudarle?

Me erguí sobre la silla al oír unos sollozos. El receptor de llamadas no tardó en mostrarme en la pantalla el nombre registrado junto al número de teléfono.

—¿Hablo con Lucie Klimek, Hija de Lenore?

—Sí, Rina, soy yo.

Relajé la postura mientras abría en la pantalla su historial y un nuevo registro de incidencias.

—Buenas noches, Lucie. ¿En qué puedo ayudarte?

Lucie Klimek, una adolescente desafortunada, convertida al vampirismo por un Hijo de Lenore hacía tres semanas y cinco días. Su creador le prometió amor eterno e inmortal hasta que descubrió lo que conllevaba tener a una vampira recién nacida a su cargo. La situación se complicaba aún más cuando la criatura era tan joven como lo era Lucie.

Por ello no se recomendaba realizar conversiones a menores de veintiséis años. Pero, para sorpresa de nadie, muchos vampiros hacían caso omiso a las advertencias del parlamento, como era el caso de su creador.

Para lo joven que era Lucie en edad humana y vida vampírica —si podía referirme a su actual existencia como «vida»—, lograba con-

trolar sus impulsos mucho mejor que la mayoría de los vampiros recién nacidos.

Teniendo en cuenta que, la misma noche que su creador la abandonó, atacó a cuatro personas y a dos gatos callejeros, mis esperanzas en ella eran escasas. Por suerte, el malnacido que la transformó se dignó a informarle sobre las normativas básicas de la sociedad vampírica antes de marcharse. Así que Lucie fue lo suficientemente astuta como para llamar a la centralita pidiendo perdón y suplicando ayuda con el sangriento desastre que había dejado en mitad de la vía pública.

—Ha pasado otra vez —susurró—. He sobrepasado el número de presas permitidas.

Inspiré hondo por la nariz antes de responder.

—¿Qué ha ocurrido? —Observé la localización de su llamada y leí en alto la dirección—. ¿Puedes confirmarme que es allí donde te encuentras?

—Sí, aquí estoy, con los muertos... ¡Perdón!, con los cuerpos. Quiero decir, con los... ¿restos? Lo siento, siempre me lío con la forma correcta de identificarlos.

—Lo correcto es «con los restos», pero no te preocupes. ¿Puedes decirme cuántos han sido y en qué estado se encuentran?

—Han sido dos... Lo siento muchísimo. —Su voz sonaba rasposa, tratando de tragarse los profundos impulsos que probablemente seguían controlando sus emociones—. Hoy es el cumpleaños de una amiga y creía estar preparada para volver a ir a una fiesta. ¡Te juro que lo estaba consiguiendo! Pero entonces su exnovio ha aparecido de la mano con otra chica. ¡Sabiendo que era su cumpleaños y que estaríamos allí! Lo ha hecho a propósito —escupió con furia—. Mi amiga los ha visto, se ha ido llorando y yo me he cabreado mucho, *muchísimo*. He perdido el control. He intentado recuperarlo con una de las técnicas que me enseñó mi educadora del Programa de Adaptación a Recién Nacidos: «Tira del hilo, Lucie —imitó las palabras con frustración—. Arrastra las emociones de nuevo a tu interior, puedes ha-

cerlo, Lucie...». ¡Pero no podía! El hilo era como una cadena atada a un ancla de barco con la que quería reventarle la cabeza y... lo he hecho. ¡Lo he matado! —gimoteaba entre sollozos—. ¡Soy una asesina!

—Lucie, intenta calmarte, no eres una asesina —no me creía mis propias palabras, pero era mi trabajo pronunciarlas—, eres una vampira en proceso de adaptación, no te sientas culpable —traté de tranquilizarla mientras tecleaba toda la información en el registro—. Respira hondo y dime dónde ha sucedido todo. ¿El incidente ha sido presenciado por algún testigo?

—Sí, la chica con la que ha aparecido en la fiesta; no te preocupes, también la he matado a ella. —Se le escapó una risita nerviosa que cortó con rapidez. Se me revolvió el estómago—. Perdón, también la he *cazado* a ella. No era mi intención, pero nos ha seguido hasta el callejón y ya estaba tan cabreada que no podía pensar. La he estampado tan fuerte contra la pared al ir a morderla que le he partido algún hueso de la columna vertebral y ha empezado a chillar de una forma tan horrible... He entrado en pánico y la he rematado. ¡No quería hacerlo! Es que no podía seguir escuchándola, era desgarrador, Rina, no te lo imaginas. —Se sorbió la nariz, compungida. Aún le quedaban resquicios de humanidad, aunque se disiparían con rapidez—. Lo siento, lo siento muchísimo. Todavía no sé controlar mi cuerpo, es supercomplicado... ¿Todos los vampiros tienen tanta fuerza o es porque estaba siendo constante con las clases de pilates?

Apreté los labios para evitar sonreír ante el tono cómico de su pregunta, recordándome que no tenía ninguna gracia.

En aquel momento, Lucie estaba experimentando la dualidad emocional que conllevaba su transformación: sufría por oír gritar a sus víctimas, pero esa culpa se helaba poco a poco hasta solidificarse, volviéndose tan insignificante como para bromear sobre el asesinato que acababa de cometer.

A medida que pasaran las semanas, los meses y los años, Lucie dejaría de sentir esa culpa y otras sensaciones mucho más gratifican-

tes y perversas ocuparían su lugar: poder, impunidad, control, superioridad, desinhibición, arrogancia, placer...

Todas ellas la convertirían en otra vampira más, alejada de la frágil adolescente que lloriqueaba a través de los auriculares.

—Rina... ¿me van a condenar a la estaca?

Carraspeé antes de responder, analizando de forma superficial su expediente.

—Como recién nacida, las penalizaciones son más flexibles, así que por el momento estás muy lejos de ese tipo de condenas. Pero trata de no cometer otra caza ilegal en un periodo mínimo de dos meses, o entonces sí que puede que te metas en un buen lío. —Respiré hondo mientras derivaba la información a los departamentos pertinentes, con una notificación de urgencia al equipo de limpieza, para que este se pusiera en camino lo antes posible—. ¿Quieres un consejo? La próxima vez, aférrate a esa parte de ti que ha sido lo suficientemente racional como para llevarte a la presa a un callejón sin testigos.

—Lo intentaré —suspiró aliviada—. Gracias, Rina, me estás ayudando mucho a sobrellevarlo todo, de verdad, siempre eres tan buena conmigo...

—Es mi trabajo, estoy aquí para ayudarte. —Carraspeé de nuevo, intentando deshacerme de la compasión que me provocaban los perfiles como Lucie...—. Lo estás haciendo cada vez mejor, sabes que puedes llamarme todas las veces que necesites. —Pero no lo logré—. Confírmame, por favor, si has utilizado dominio para arrastrarlo fuera de la discoteca.

—Sí, le he sugestionado a hacerlo.

—¿Podrías decirme del uno al diez cuánto te ha costado traspasar la barrera de su voluntad?

—Diría que un cuatro, pero porque iba borracho. Me suele costar más, como un siete y medio.

La dominación psíquica era una de las habilidades más complejas de desarrollar y perfeccionar para los vampiros. Que Lucie hubie-

ra tenido tanta facilidad para que funcionara siendo tan primeriza... Era catastrófico, terrorífico. No quise pensar en la peligrosa bestia en la que se convertiría.

Inspiré con profundidad y sonreí de forma automática y protocolaria, aun sabiendo que no podía verme.

—Perfecto, gracias por la información, Lucie. —Tecleé con rapidez, tratando de no prolongar más la llamada—. ¿Has cazado a alguna otra presa en un periodo menor de setenta y dos horas?

—No.

—¿Tienes acceso a algún documento o información identificativa de las presas?

—Sí, espera... —Oí cómo rebuscaba en una chaqueta o bolso—. Tienen el documento de identidad, ¿te los dicto?

—Sí, por favor.

Tras registrar la información de las presas, envié el parte al Área Funeraria, quienes se encargarían de estudiar a los sujetos para poder ocultar o justificar su muerte con una coartada acorde a su perfil: desaparición, fuga con un amante, atropello, retiro espiritual, ajuste de cuentas, naufragio...

—Lucie, como siempre, te pediré que esperes junto a los restos, el servicio de limpieza no tardará en llegar. El rastreador más cercano a ti está a tres minutos; se llama Colin, él se encargará de todo. Pero, en caso de que algún posible testigo se acerque a la zona antes que Colin, tienes permitido hacer uso del dominio las veces que sean necesarias. En cuanto lleguen mis compañeros, podrás marcharte a casa. ¿Cómo lo ves?

—Sí, bien, gracias.

—Perfecto, Lucie. ¿Puedo ayudarte en algo más?

—Sí, esto... —Carraspeó—. ¿Sabes cuál será mi penalización?

Me recliné en la silla y arrugué la nariz frente a su expediente.

—No puedo decírtelo con exactitud porque se escapa de mis gestiones, pero es muy probable que tengas que asistir de nuevo a algún seminario y no creo que te libres de hacer por lo menos tres cursillos de concienciación.

—Bueno, es mejor que la condena a la estaca.

—Sí, sin duda lo es. —No pude evitar sonreír.

Por suerte, no todas las incidencias eran tan graves como las de Lucie y, tras su llamada, recibí unas cuantas más que aliviaron el malestar que me estrujaba la boca del estómago.

No es que tuviera preferencia por ningún linaje en concreto; al fin y al cabo, todos formaban parte de la misma especie. Eran las mismas bestias con distinta ascendencia. Sin embargo, debía admitir que mis llamadas favoritas eran las de los Hijos de Morton, porque eran los menos violentos y más torpes.

—Me he alimentado de un repartidor de comida asiática siguiendo el protocolo correcto —se apresuró a aclarar a quien le había abierto un expediente con el nombre de Lukas Svoboda, Hijo de Morton—. Pero no consigo dominarle para que se olvide de lo que ha ocurrido antes de dejarlo marchar.

—Entiendo. ¿En qué situación se encuentra actualmente?

—Con un repartidor de comida atrincherado en el baño, mi lacayo sentado en el sofá engullendo los rollitos de primavera y yo aquí, hablando con usted.

Nada tenía que ver la despreocupación y parsimonia de los Hijos de Morton con la congoja que parecían padecer algunos de los Hijos de Dorian.

—Necesito con urgencia un médico, creo que mi lacaya tiene una enfermedad sanguínea, me encuentro mal, tengo fiebre.

Negué, poniendo los ojos en blanco y esforzándome por no reír.

Los vampiros no podían enfermar, ni mucho menos adquirir una temperatura corporal lo suficientemente elevada como para considerarlo fiebre.

Jamás había tocado a ninguno, pero estaba segura de que debía de sentirse como palpar un cadáver... Me invadió un escalofrío.

—Mantenga la calma, le derivo la llamada al Área Médica, en breves le atenderán —vocalicé robótica antes de deshacerme de su llamada.

Suspiré y le di un sorbo al tercer café de la noche, que reposaba sobre mi escritorio.

—Creo que mis vampiros están a dieta —escuché la voz de Filip desde el cubículo contiguo antes de ver asomarse su cabeza—. Solo he recibido ocho llamadas, la mayoría incidencias moderadas.

—Hoy hay luna llena, supongo que muchos prefieren no arriesgarse a salir. —Me encogí de hombros, girando sobre la silla—. En días como hoy agradezco no trabajar en el Departamento Licántropo.

—Ni que lo digas, sin duda necesitaría unas buenas vacaciones. —Filip rio antes de carraspear—. Hablando de vacaciones, he visto que tienes cogida la primera semana de diciembre. ¿Te importaría dejármela? Tenía pensado prepararle un viaje a mi mujer por nuestro aniversario.

Evité exhalar con molestia para que Filip no notara lo inconveniente que me resultaba aquello, lo mucho que me frustraba que siempre moviera mis tiempos a su antojo porque no era capaz de preparar ni pedir las cosas con antelación. Sin embargo, como de costumbre, no pude negarme.

Nunca me negaba a *nada*. Por mucho que quisiera, mi sistema nervioso decidía alterarse ante cualquier posible conflicto o malestar ajeno, aun cuando sucumbir a los deseos de los demás me perjudicara a mí misma. Pese a sentir como si una rata me arañara el interior de los pulmones, contesté:

—Sí, no te preocupes, tenía un viaje planeado con mi madre. —Tragué saliva, esta ardió—. Pero, bueno, la reserva del hotel es reembolsable.

«Y mamá tampoco va a venir».

—¡Bien hecho! Qué niña tan lista, no se te escapa una, así no te llevarás disgustos. —Su sonrisa dirigía la mía—. Y hablando de disgustos, ¿te has enterado del incidente en la Iglesia de Nuestra Señora ante Týn? —murmuró, sacudiendo la mano para enfatizar la alteración de su voz—. ¡Menuda masacre! Debe de haber sido algún ajuste de cuentas entre clanes, pero lo raro es que solo se han encontrado

las víctimas de un bando. Todavía no se sabe quiénes han masacrado a un puñado de Hijos de...

Una llamada entrando en mi receptor cortó sus palabras.

—Luego me lo cuentas —murmuré en voz baja, sin deshacer la sonrisa tensa.

Filip fingió cerrarse la boca con una cremallera y desapareció tras el delgado biombo que separaba nuestros cubículos. Di un sorbo rápido al café una vez más antes de descolgar.

—Central de Atención a Criaturas Sobrenaturales, Departamento Vampírico, le atiende Rina, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas noches, ternura.

Dejé de respirar al instante.

Apreté los dientes y dirigí los ojos con rapidez al receptor.

Había un nombre y un linaje vampírico vinculados al número de teléfono que estaba atendiendo, pero sabía a ciencia cierta que no pertenecían a aquella detestable voz.

Los teléfonos con los que siempre llamaba nunca le pertenecían a él.

En mi trabajo lidiaba con todo tipo de vampiros violentos, enreídos e insufribles. Pero él era, sin duda alguna, el *peor* de todos ellos.

—Velkan.

Hijo de puta.

Capítulo 2

Velkan

Nos la habían robado.

Con la mirada puesta en las llamas, observé cómo se deshacían los cuerpos de las bestias que minutos antes había amontonado en una zona retirada del bosque con la ayuda de Milo.

—¿Hace falta que te diga que sabía que esto iba a pasar? —murmuró en cuanto apareció tras mi llamada.

—Depende de cuántas ganas tengas de que te meta la cabeza en el fuego.

Resoplé. Él hizo lo mismo.

Había pasado por suficientes experiencias desagradables aquella noche como para tener que aguantar los «te lo dije» de Milo, que, cruzado de brazos junto a mí, clavaba los ojos en la hoguera.

—Huelen horrible, joder —escupió dando dos pasos hacia atrás, agitando las manos frente a su cara para espantar el humo—. Se nos va a quedar el hedor pegado a la ropa.

Me giré para mirarlo con los ojos muy abiertos y la mandíbula tensa. La sangre reseca sobre mi frente se cuarteó al enarcar las cejas. Las heridas de mis manos chillaron al moverlas con brusquedad para señalarme el torso.

—Estoy bañado en vísceras *negras*. El olor a muerto es el menor de mis problemas ahora mismo.

Milo arrugó la nariz mirándome de arriba abajo. Sus ojos cayeron sobre mis manos y siseó con una evidente mueca de dolor, como

si el escozor de los cortes en el dorso de mi mano estuviera arañando su propia piel.

—Está claro que tienes cosas peores de las que preocuparte. ¿Por qué será?

Gruñí, impotente.

¡Me habían robado la puta presa en la cara!

Después de tanto tiempo buscándola, tan solo me había durado unos ridículos minutos entre las manos. Los justos para que me desgarrara la piel, abriéndome heridas que ahora tenía infectadas.

Pero la irritación de los cortes, la supuración negruzca y el tono violáceo que había adquirido la piel que bordeaba las heridas no los habían causado sus colmillos, sino la sangre de aquellos otros monstruos.

—¿Estás seguro de que eran vampiros?

—Ninguna otra criatura sería tan estúpida como para inmiscuirse en esta búsqueda —afirmé, convencido de lo que mis ojos habían visto.

Seguro de lo que mis manos habían sentido en cuanto atravesé el pecho de uno de ellos y su sangre renegrida y putrefacta se adentró en mis heridas como hierro fundido al rojo vivo. Apreté los puños con rabia y siseé al abrirse los cortes con la presión.

Milo volvió a acercarse a la hoguera.

Aquellas criaturas eran desagradablemente extrañas, compartían más rasgos de los que, por lo habitual, adoptaban los vampiros al ser transformados.

Adquirir ciertas conductas pertenecientes a cada uno de los linajes entraba dentro de lo usual, pero no lo hacía el obtener rasgos físicos compartidos, más allá de los comúnmente conocidos incluso para la mayoría de los humanos, que veían nuestra existencia como un simple mito. Era conocimiento popular que todos compartíamos unos colmillos afilados, tez pálida, piel tersa marcando nuestras facciones con más fuerza, velocidad, vigor y un dolor inaguantable entre las costillas cuando teníamos la necesidad de comer, follar o matar.

A mí me gustaba saciarme de más de una a la vez.

—Eran largos, huesudos y con un tono de piel grisáceo enfermizo. —Entrecerré los ojos recordando sus figuras—. Pero estoy seguro de que eran vampiros, no podían ser otra cosa.

Los ojos de Milo me escrutaban.

—Deben provenir todos del mismo lugar.

—Todos no, mira a este de aquí. O, bueno, lo que queda de él. —Golpeé con la punta del pie el cuerpo que ardía estirado frente a nosotros. Volví a patearlo ligeramente para terminar de meter su brazo entre las llamas—. Había vampiros corrientes entre ellos.

—Lo más probable es que compartan linaje.

Me agaché sobre el cadáver, observando su rostro. Era corpulento y de baja estatura, nada que ver con sus acompañantes. Todavía persistía el tono rosáceo de sus mejillas, indicándome que no hacía mucho de su última comida. Debía de haberse dado un buen festín, porque la sangre le brotaba de las orejas y la nariz.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo.

Me saqué del bolsillo del pantalón el móvil que le había tomado prestado al cadáver antes de prenderle fuego.

Milo se tensó al verme teclear un número de teléfono y la extensión que decidí memorizar el día que atendió mi primera llamada.

—¿Qué cojones estás haciendo? —Abrió mucho los ojos al comprenderlo—. ¿Estamos quemando los cuerpos para mantener en secreto la existencia de estos vampiros de sangre negra y tú vas a delatar nuestra posición a la humana? —Se frotó la cara y emitió un gruñido—. ¿Cuántas estupideces te has propuesto hacer esta noche? Porque estás rompiendo récords y eso es decir mucho viniendo de ti.

Puse los ojos en blanco y sacudí la mano quitándole importancia. Me aparté un par de pasos de él para que no tuviera la tentación de arrancarme el móvil de las manos.

—Los cadáveres serán prácticamente cenizas antes de que se presente la guardia —repliqué—. Si es que se molestan en aparecer.

La llamada sonó unos segundos antes de que la descolgaran.

Sonreí al oír aquella voz tan dulce y correcta.

—Central de Atención a Criaturas Sobrenaturales, Departamento Vampírico, le atiende Rina, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas noches, ternura.

Percibí una pequeña inhalación ahogada a través del teléfono.

—Velkan.

—¿Mucho trabajo esta noche?

Escuchaba cada yema de sus dedos teclear con velocidad. Era sorprendentemente rápida para enviar la señal de alarma a la guardia en cuanto oía mi voz.

—Ya ni te esperas a que te cuente qué ha ocurrido. —Hice un puchero y Milo negó al verme—. Con lo que disfruto hablando contigo.

Me costaba descifrar la frecuencia cardíaca de aquella humana porque cada vez que la llamaba se le aceleraba el corazón como a una conejita. Pero, entre los segundos de calma que le otorgaba a su pulso antes de hablar y el timbre de su voz, deducía que se encontraba en la veintena.

Pese a la irregularidad de sus latidos provocada por los nervios y la ira al oírme hablar, su ritmo era eficiente; quizá no tanto como el de una persona atlética, pero sí tenía una frecuencia acorde a alguien con un cuerpo lo suficientemente ágil como para tratar de huir al verme. No lo conseguiría, aunque me lo pasaría bien persiguiéndola durante unos segundos antes de alcanzarla.

Me relamí los labios.

—¿Por qué tienes en tu posesión el móvil de Jakub Havel?

Abrí los ojos a la vez que Milo, que se aproximó y empezó a escuchar la conversación con repentino interés.

—Conque el cadáver que tengo frente a mis pies es el de un tal Jakub Havel, qué interesante. ¿Sabes, por casualidad, de quién descende?

—¡¿Has matado a un vampiro?! —Hizo sonar el teclado del ordenador con más ímpetu. Mi sonrisa se ensanchó—. Llevas más de ciento sesenta y tres cazas ilegales en menos de un año, estás en busca

y captura, condenado a la decapitación, con más de tres mil cursillos de concienciación pendientes de completar y ahora... ¿matas a uno de los tuyos?! ¿Sabes lo que te supone eso? —Rebufó y pude imaginarme a una desconocida frotándose el rostro con desesperación—. No sé ni para qué te pregunto, como si alguna vez te hubieran importado las consecuencias.

—Perdona, pero sigues sin dejar que me explique. No te he dicho que lo haya matado yo, te adelantas a los acontecimientos.

—¿Lo has matado tú?

—Sí.

Dio un golpe sobre la mesa y me dedicó otra larga exhalación por la boca, con la que estaba seguro de que había contenido un grito. Me mordí el labio, curvando una sonrisa.

—Es mi deber informarle de que, debido a la gravedad de la incidencia, esta será trasladada a las autoridades de forma directa...

—Prefiero hablarlo contigo, pero con tu voz normal.

—... para su correcta examinación —continuó, ignorándome—. Le pediría, si es tan amable, que se identificara con su nombre completo y linaje para el registro, ya que este sigue vacío, después de ciento sesenta y tres reportes registrados en los que nunca se ha dignado a identificarse. —Fue elevando la voz a medida que hablaba—. Porque es usted un delincuente, un criminal que va a hacer que me quede sin trabajo porque no me permite cerrar correctamente ninguna de sus infracciones.

—Ese tono apasionado me gusta más. Pero creo que te has confundido de términos: no son asesinatos, son *cacerías*. —Me relamí los labios con burla—. Entiende que como cliente me ofende que me...

—Te estás entreteniendo demasiado con esa cría —murmuró Milo—. Tenemos que largarnos de aquí de una puta vez.

Esta vez, la humana no pudo contener un gruñido.

—Si no está dispuesto a identificarse, derivaré la llamada inmediatamente a...

—Necesito información sobre Jakub Havel —la corté—. Hazme el favor, ternura, y mírame en tus documentitos a qué linaje pertenece.

—¿Te estás quedando conmigo? No pienso darte datos confidenciales.

—Era de esperar. —Suspiré con dramatismo para que me oyera—. ¿Puedes, por lo menos, decirme si forma parte de algún clan criminal del que tenga que preocuparme? Temo haberme puesto en peligro...

—Te lo diré cuando tú me confieses el tuyo.

—No hablemos tanto de mí, no quiero parecerte un egocéntrico.

—Me encantaría poder decirte lo que me pareces, pero por política de empresa me limitaré a ignorarte mientras la guardia se dirige a tu detención.

Reí ante el odio de su tono, lo que la enfureció aún más. Milo me miró con mala cara y, sin dejar de negar con la cabeza, echó a andar hacia la carretera de nuevo, desapareciendo unos instantes entre los árboles que nos habían servido como escondite para prender la hoguera.

—Diles que no se molesten, ya me voy a casa. Ha sido una noche dura, ¿sabes? —Estiré la espalda mientras seguía los pasos de Milo—. Pero me ha venido bien conversar contigo.

—¿Por qué has matado a un vampiro?

Antes de adentrarme del todo entre los árboles, miré una última vez a lo que quedaba de la hoguera para comprobar que cuando llegaran esos humanos a los que llamaban la guardia tan solo se encontraran un puñado de huesos y piel calcinada. Ningún rastro de rostros putrefactos ni una sola gota de sangre negra. La misma que ardía en mis heridas al sostener el teléfono.

—Yo tampoco voy a darte datos confidenciales, ternura.

Colgué antes de que respondiera y lancé el teléfono a las brasas al marchar hacia el coche con el que había llegado Milo y donde me esperaba sentado frente al volante.

—¿Pretendías que una teleoperadora te diera la información tan fácilmente? —preguntó mientras me acomodaba a su lado y cerraba de un portazo la puerta del copiloto.

Chasquéé la lengua ante lo absurda que era su pregunta y por poco aullé ante la tensión en la piel de mis dedos al pasarlos entre los mechones que se me pegaban en la frente. No quise pensar en lo lleno de suciedad, sangre y vísceras que estaba cada centímetro de mi cuerpo.

Milo condujo con velocidad. Agradecí que no hiciera ningún comentario absurdo sobre lo manchada que iba a dejarle la tapicería del coche o sobre lo irracional y estúpido que había sido no contar con él para aquella tarea. Protegiéndolo en contra de su voluntad solo había conseguido cabrearlo a él, arriesgar mi valiosa vida y lo peor de todo: perder a la puta presa.

Exhalé y me apoyé sobre las rodillas con los codos. Con la vista completamente perdida en la punta de mis zapatos, tamborileaba el pie derecho de forma repetitiva.

—No, sabía que no me iba a facilitar nada que le pidiera —negué, incorporándome sobre el asiento—. Pero quería tantear cuánta información tienen en su mano los trabajadores de la centralita.

—¿Esos humanos? Deben de saber demasiado —murmuró con resignación—. Reciben llamadas de todo tipo. Registran los nombres, linajes, nidos, localizaciones, clanes criminales... Seguro que saben hasta de qué lado nos ponemos el rabo en los calzoncillos cada uno. Bueno, de los nuestros sabrán poco. —Milo tenía la capacidad de bromear aun sin mostrar la sombra de una sonrisa.

Si mi corazón latiera como el de los humanos, se habría acelerado.

—Están actualizados constantemente sobre cada uno de los movimientos de los vampiros.

A Milo debió de pasarle lo mismo porque me miró de reojo con atención al oírme.

—Sería toda una ventaja poder contar con la información que recibe la centralita para saber el clan criminal al que pertenecía Jakub

Havel, buscarlo y encontrar a los que se han llevado a la presa. —Soltó el volante con una mano unos segundos para rascarse el tatuaje de la nuca—. Pero ¿cómo pretendes conseguir esos datos?

Asentí con lentitud mirando al frente, elevando una comisura al sonreír.

—Necesitamos a alguien que tenga acceso a ellos.

Y supe quién era la candidata perfecta.

Capítulo 3

Rina

Las flores del altar llevaban semanas marchitas, el pan de sangre empezaba a tener moho sobre la corteza y las velas eran prácticamente una aglomeración de cera encima del tapiz que mi madre había tejido a mano.

Le gustaba cambiarlo cada poco tiempo, alternando entre diferentes colores y cenefas. Para ella, cuidar del altar cada domingo no solo era un acto de fe, sino de sumisión. Esclava de sus creencias y pecados, mi madre parecía negarse a aceptar que sus deseos más oscuros iban en contra de la religión que juraba protegernos a los humanos de los vampiros, de los Hijos de Lilith.

Inspiré hondo y cerré la puerta a mis espaldas.

Otra noche de trabajo más en la que llegaba a casa y tan solo me recibía el silencio. Dejé caer el bolso al suelo antes de quitarme la chaqueta, colgarla en el perchero y acercarme más al espejo del recibidor. Este, colocado sobre el altar, tenía muescas de quemaduras por el marco, de todas las veces que mi madre había implorado perdón con demasiada pasión.

—¿A quién le rezas ahora? —le preguntaba a menudo.

—No rezo, me exculpo de mis pecados —murmuraba abrazándose. Podía ver las marcas de sus uñas en los brazos.

—¿Otra vez, mamá? ¡Un día acabarás muerta! —Las últimas veces ni me había molestado en llorar. La rabia me lo impedía.

—No volverá a suceder, no lo volveré a hacer, cariño —mentía. Con las manos temblorosas encendía más y más velas—. Tienes que protegerte. No has de permitir que la oscuridad te seduzca como ha hecho conmigo, Rina.

—Lo último que quiero es terminar como tú.

Cuando era más pequeña, pasar frente al altar me aterraba; para mí era un agujero negro que absorbía a mi madre. Creía que, si lo observaba demasiado, también se apoderaría de mí.

A medida que crecí entendí que aquellas figuras, piedras, flores y velas amontonadas no eran más que el refugio en el que mi madre buscaba consuelo tras volver a poner su vida en riesgo con las criaturas con las que ansiaba compartir cama, pero a las que temía abrirles la puerta de casa.

Las mismas criaturas por las que decidía cambiarme, abandonarme y dejarme desprotegida desde una edad en la que ni siquiera alcanzaba la encimera de la cocina para hacerme un sándwich.

Estúpida de mí, me había pasado todos esos meses arreglando y cuidando su altar por ella. Cambiando las flores, haciendo pan de sangre que nadie se comería, limpiándole el polvo a las piedras y encendiendo las velas cada madrugada al volver del trabajo para cuando a ella le diera la gana volver, aun sabiendo que lo más probable era que no lo hiciese.

La odiaba; odiaba a mi madre y todo lo que esa horrible emoción me hacía sentir: mala hija, mala persona...

Pero en aquel momento no había nadie que pudiera verme, que pudiese juzgarme.

Así que grité y hundí las uñas en el pan, desmigajándolo con rabia.

Cogí las flores, los tallos desperdigados por la mesa, el pan acribillado y algunas hojas secas y me dirigí a la cocina con velocidad, directa a la papelera, sobre la que abrí los brazos y dejé caer bruscamente todo lo que había cogido.

—¡A la mierda!

Volví frente al altar, esta vez con una bolsa de basura. Pasé con brutalidad el antebrazo sobre el estante, arrastrando todo a mi paso para lanzarlo directo a la bolsa. Despegué la imagen de la divinidad de la pared y la observé unos instantes, con una evidente molestia en la boca del estómago que quería hacerme dudar de lo que estaba haciendo.

—Diosa Mokosh, protectora del hogar contra los espíritus nocturnos, no te lo tomes como algo personal —susurré acariciándole la mejilla. Tragué saliva—. Esto no es un acto contra ti, es contra mi madre. No me maldigas ni nada de esas cosas que dicen que podéis hacer los dioses.

Arrugué la imagen y la metí con brusquedad en la bolsa con todo lo demás. Estuve a punto de susurrar una disculpa, pero me contuve.

Yo no era mi madre, no compartía sus creencias, ni mucho menos iba a seguir fingiendo que los rituales servían para algo más que autocompadecerse y sentir el alivio del perdón sobre los pecados que cometía continuamente.

Su ausencia era la prueba viviente de que su querido altar era una idiotez.

Me dirigí a la cocina haciendo un nudo a la bolsa de basura, que dejé caer junto al cubo de la papelera. La escruté unos instantes, consciente de lo que acababa de hacer. Pero no iba a permitir que la culpabilidad ganara esta vez.

—Si protegieras de verdad, mi madre estaría aquí —susurré, cruzada de brazos y apoyada contra la encimera—. Si protegieras de verdad, nunca se habría acercado a esas bestias sedientas de sangre.

Sonó un golpe en la ventana tras de mí.

Chillé sorprendida y me giré con rapidez, alejándome de la encimera.

Observé el cielo nocturno unos segundos. No parecía haber nada más. Tan solo se oía el viento meciendo las ramas del cerezo de la entrada; supuse que se habría caído alguna cerca.

Suspiré y me froté la cara, agotada.

No me disgustaba trabajar en horario nocturno, me había acostumbrado a descansar cuando los demás empezaban su día y a vivir cuando el sol comenzaba a derretirse tras el horizonte. Pero la noche era mucho más silenciosa de lo que las personas con vidas corrientes creían, y esa quietud se hacía cada vez más pesada.

Habría gente que se pasaría toda la vida luchando contra el malestar que le provocaba la alarma al despertar, aun llevando años escuchándola sonar demasiado pronto. Para mí, esa alarma era el silencio de la noche, la negrura del ambiente, el reposo de la vida humana y la soledad que conllevaba vivir a contracorriente.

Aunque compartir el estilo de vida con mi madre lo hacía menos solitario.

Ella también trabajaba por las noches, si bien abandonó la centralita mucho antes de que yo entrara, cuando cumplí la mayoría de edad. Según ella, no terminaba de encajar en la empresa y quería probar algo diferente. Pero en cuanto puse el pie en la centralita supe que aquel era un lugar demasiado humano para Aleshka. Un trabajo demasiado tranquilo y seguro para alguien tan desesperado por adentrarse verdaderamente en la noche y saciar su curiosidad con aquellas criaturas del infierno.

En su lugar, buscó con vehemencia un empleo que le permitiera poder disfrutar de la vida nocturna.

Hasta dejar que esta la devorara por completo.

Mientras metía en el microondas una crema de verduras que preparaba en tandas para varios días oí otro golpe. Miré a la ventana de nuevo. Seguía sin haber nada.

Siseé al quemarme las yemas de los dedos sacando el recipiente de cristal, antes de coger una cuchara y sentarme a la pequeña mesa de la cocina.

La papelera y la bolsa de basura quedaban frente a mí.

Entrecerré los ojos, observando con atención, como si las flores marchitas o la imagen arrugada de la deidad pudieran moverse en su interior.

Sacudí la cabeza, los crujidos rompían el silencio.

—Solo son las ramas —susurré antes de meterme una cucharada en la boca.

Un tercer golpe me hizo levantarme de la silla.

Me dirigí a la ventana a zancadas, con el corazón acelerado.

Exhalé una risa cansada al toparme con aquellos ojos.

—¿Otra vez tú por aquí? —Mi aliento empañaba el cristal—. Al final tendré que hacerte una casita en el árbol si vas a venir a verme tantas noches.

La lechuza me miró tan solo un instante, no parecía muy interesada en la conversación.

—Lo siento, hoy no tengo nada para ti, a no ser que seas vegetariana. ¿Has probado alguna vez el puré de verduras?

Me quedé un rato contemplándola. Aquel animal de apariencia inofensiva ocultaba el verdadero depredador nocturno que era. Sus ojos, negros y opacos, se aferraban a los míos como si estuviera igual de absorta conmigo como yo con ella.

—A Aleshka le habría encantado conocerte —susurré—. Puede que lo haga si no tarda mucho en volver.

En cuanto escupí las palabras quise tragármelas.

Me sentí ridícula, humillada.

Porque mi madre no iba a regresar y *lo sabía*. Lo notaba en la tripa, en la presión que ejercía el pensamiento de no volver a verla contra mi sien. Me froté los dedos sobre esta en círculos, aliviando el dolor superficial. El emocional solo me quedaba aprender a sobrellevarlo.

Gruñí y mis ojos se dirigieron a la bolsa de basura, atraídos como un imán.

—Voy a sacarte de mi casa, no te quiero aquí.

Ni siquiera me paré a ponerme un abrigo antes de abrir la puerta de casa con la bolsa en la mano y cruzar hacia los contenedores. Todo mi cuerpo tiritaba por el frío. Mis dedos helados levantaron la tapa, dejé caer la bolsa con los restos del altar en su interior y la cerré de nuevo.

Odiaba que aquel acto me hiciera sentir culpable, maligna, como si debiera pedirle disculpas a alguna divinidad por mi pecado. Me negaba a hacerlo, en casa ya no había altar al que suplicarle una protección que nunca iba a llegar...

Al darme la vuelta ahogué un grito.

Aún tenía frío, pero dejé de temblar. La rigidez de cada una de mis extremidades me clavó al suelo como una estatua. Olvidé cómo parpadear, aunque prefería no hacerlo, no perder ni un instante de mi atención.

Porque había alguien parado frente a mi puerta.

Las luces del porche brillaban tras su espalda, perfilando una alta figura. Desde la distancia pude ver que era un hombre, de pelo negro, hombros anchos y brazos relajados que parecían esconder las manos en los bolsillos del pantalón. No podía verle con claridad el rostro, pero, aun así, sentía sus ojos incrustados en mí.

—¿Quién eres? —intenté que no me fallara la voz.

El hombre no contestó.

—¿Qué quieres?

Me tensé cuando dio un paso al lado para dejar libre el camino hacia la puerta y, alargando un brazo, me invitó a entrar a mi propia casa sin pronunciar palabra.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —insistí con los pies pegados al suelo—. Lárgate o voy a llamar a la policía.

Su silueta se encogió de hombros antes de dar un paso hacia delante.

Había dejado la puerta entreabierta, sin embargo, no parecía querer adentrarse en casa.

—¡Voy a llamar a la policía! —repetí elevando la voz menos de lo que quería.

Avanzó un paso más, alejándose de las luces del porche y acercándose a la pobre y fría iluminación de las farolas de la calle, con la que pude comprobar que estaba sonriendo.

Retrocedí, olvidando cómo respirar.

El brillo afilado de sus colmillos me subió la bilis hasta la garganta. Aquel no iba a ser un asunto de la policía ni de ninguno de los cuerpos de seguridad humanos oficiales, sino de la guardia.

—Un vampiro.

No sé si logré pronunciar las palabras o solo se fundieron en mi garganta, ahogadas por los latidos de mi corazón, que me precipitaban violentamente a un desmayo. El silencio de la noche fue sustituido por un pitido ensordecedor que me taladraba los tímpanos.

Porque por primera vez, delante de mí, tenía a un *vampiro*.

«No, no, no, no, no puede estar pasándome a mí».

Me negaba a formar parte de la lista de víctimas de los monstruos que protagonizaban mis pesadillas, de las criaturas que me habían arrebatado una vida normal, los demonios que habían quebrado a mi madre hasta robarme cada pedacito de ella.

¿Encontraría mañana alguno de mis compañeros mi nombre entre los informes de incidentes registrados?

Iba a ser una presa más para un cazador.

Una víctima más para un asesino.

—No eres bienvenido en esta casa. ¡Vete!

Iba a morir.

Era inútil salir corriendo o intentar atacarle con las llaves de casa, que apretaba en un puño como si de un arma se trataran. Recitar las plegarias de protección que me había enseñado mi madre era la última de mis esperanzas para sobrevivir.

—La noche no te ampara aquí... Mi sangre te rechaza...

Igual que el altar, de nada servían mis palabras, y me arrepentí en cuanto las pronuncié. Odié cómo el vampiro ensanchó la sonrisa, deleitándose con mi desesperación.

La figura se acercó a paso lento, observando sin aparente preocupación cómo mis pisadas hacia atrás se aceleraban, aumentando la distancia que él recortaba. Apreté los puños hasta clavarme las llaves en la palma, inhalé con frustración por la nariz, sin apartar los ojos de la silueta cada vez más visible.

Ambos sabíamos que no iba a salir corriendo, por mucho que lo deseara. No pensaba dejarle ver ni un ápice más de mi terror, aunque tampoco podría haberlo hecho. Perdí el control total de mi cuerpo, ni siquiera lograba gritar, aun cuando la voz me abrasaba la garganta. El pitido agudo arañándose los tímpanos no me dejaba pensar. Las lágrimas acumulándose en las cuencas me impedían ver.

Todo mi organismo latía a cada paso con el que él se aproximaba.

—No te tengo miedo —mentí.

Logré parpadear, espantando las lágrimas. Inspiré por la boca ahogando un nuevo grito al ver cómo las luces de las farolas revelaban la sangre sobre su ropa, sobre *todo* él. Estaba empapado de la cabeza a los pies, con la camisa negra pegada al torso. Las manos tan ensangrentadas que incluso parecían tener heridas propias. ¿A cuántas personas había devorado aquella noche? No pude pararme a descifrar si los fluidos negruzcos que se entremezclaban con el carmesí eran sangre oxidada o suciedad.

Iba a vomitar.

—No te tengo miedo.

Me paré en seco de nuevo, decidida a dejarme vencer lo antes posible. No tenía escapatoria y cada segundo hacia mi muerte era una eternidad. Apreté con más fuerza las llaves y se me escapó un siseo al notar cómo me las había clavado hasta hacerme un pequeño corte. ¿La bestia podría oler mi sangre desde allí?

Si era así, no lo dejó ver; no hizo ningún gesto hacia mi mano herida mientras sus pasos se dirigían a mí con una lentitud irritante. Por un segundo pensé en apremiarlo, hasta que las sombras que perfilaban sus violentas facciones empezaron a desaparecer a medida que la luz lo alumbraba, como si él mismo las engullera.

Tragué saliva.

—No te tengo miedo.

Cuando me topé por primera vez con los ojos gélidos de aquel depredador, supe que ya estaba muerta mucho antes de que él decidiera matarme.

—Deberías, ternura.

Por unos segundos me olvidé de respirar.

No podía ser cierto.

Si no me mataba él, lo haría la agonía de mi respiración.

Logré retroceder un pequeño paso de nuevo. Y otro. Y otro.

Él dio otro paso hacia delante. Y otro. Y otro.

Mis propios latidos no me dejaban oírme.

—¿Velkan?

Ni siquiera pude percibir cómo se aproximó a gran velocidad los últimos metros que nos separaban. Ladeó la sonrisa, exponiendo los colmillos.

—Un rostro tan dulce como su voz, qué agradable sorpresa. —Me rodeó el cuello con una mano y me acercó a él—. ¿Tenías ganas de conocerme, ternura?

Un jadeo ahogado se escapó de mis labios antes de gritar.